apenas tenia cuatro ó cinco toesas de elevacion sobre el nivel de la playa; pero en aquella comarca, cinco toesas bastan para constituir una montaña y presentar ante la vista el horizonte mas extenso.

La ventana estaba en la parte opuesta á la Normandía. Meloir veia una grande extension de la playa en la direccion de Cherrueix y de Cancale, y en frente de sí el pantano, océano de verdor, en cuyo centro se vé cual una isla el monte Dol.

Alzábase el sol en el opuesto lado del castillo y detrás de la colina del Avranchaix. Elevábase hácia el zenit un color sonrosado y dejaba el Poniente perdido entre esas nubes cenicientas que se unen con nuestras nieblas de Bretaña y confunden en cierto modo la tierra con el cielo.

En el camino de Dol, á lo léjos, se movia un punto negro. El viento del Oeste trajo como el eco perdido de una fanfarria.

—¡Vive Dios! exclamó Meloir, allí viene Belissan, el montero, con mis lebreles de Rieux. Maese Gueffes, sabremos encontrar el rastro sin tí.

Maese Gueffes se quitó su gorro de lana.

—Si mi señor quiere sentarse con los piés junto al fuego, le serviré el almuerzo. Aun tengo algunas cosas mas que decir á mi señor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII.

Proposiciones.

Cuando el caballero Meloir se hubo sentado con los piés junto al fuego y dió principio al ataque de las aves fiambres, absolutamente lo mismo que si no hubiera cenado la víspera, Gueffes, de pié junto á él, con el gorro en la mano y la enorme mandíbula inclinada, volvió á hacer uso de la palabra con el mayor respeto.

—Mi querido señor, dijo, no sé por qué me siento inclinado á quereros con la mayor ternura, lo mismo que puede hacerlo un perro con su amo.

—En otro tiempo tuve yo un mastin que me mordia, murmuró Meloir entre dos bocados.

—Yo, mi querido señor, nunca he encontrado un caballero que me haya tratado tan bondadosamente como vos, prosiguió Gueffes.

—Vamos, maese Vicente, no sois difícil de contentar.

—¡A fe mia! creo que si me mandaseis querer á Juanillo, le querria.

Meloir bostezó con la boca llena.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Esto es para haceros comprender, continuó Gueffes, la extension de un cariño..... Dicen que soy un pagano..... ¿Y quién lo dice? Señor, gentes que creen en el Hada de las playas y en otras tonterías, en vez de confiar en la Vírgen María.

—Y á propósito, dijo Meloir, ¿qué viene á ser eso de la Hada de las playas?

—Es una linda niña, señor, que si quisiera podria llevaros en derechura al escondite de Maurever.

—¿De veras?

—Es muy cierto.

—¿Y en dónde se encuentra esa linda Hada?

—En todas partes; tan pronto á la derecha como á la izquierda. Esta noche la habeis visto.

Meloir llevó la mano á su cinturon, de donde aun colgaba el cordon cortado de su escarcela.

—¡Cómo! exclamó; ¿será por ventura?....

Gueffes se sonrió.

—El Hada de las playas, ni mas ni menos, señor, dijo.

Meloir dejó de comer.

—¿Quieres burlarte de mí, por ventura? murmuró frunciendo el entrecejo.

El viento traia á la habitacion el eco mas y mas cercano de una segunda fanfarria.

—¡No lo quiera Dios! contestó Gueffes. Pero ahí teneis á vuestros lebreles que llegan. Cuando estén ahí ya no querreis escucharme; permitidme, pues, que aproveche el poco tiempo que aun me dan. Si no puedo hacer cosa mejor, al menos tengo empeño en conseguir mis cincuenta escudos de Nantes. Como os decia hace poco, voy á algunas partes para ganarme el pan. En todas me hablan, y escucho. ¿Hace mucho tiempo que no habeis visto la córte?

—Lo mas, una semana.

—Eso es un siglo, mi pobre señor. ¡Cuántas veces puede volverse el viento durante una semana! Francisco de Bretaña se hincha y se torna pálido. En la córte del rey Carlos de Francia se comienza á pronunciar la palabra fratricidio, y Mr. Pedro de Bretaña, nuestro futuro duque, ha jurado que mandará ahorcar á Juan de la Haise de la torre mas alta de su castillo de Guildo.

—¿Estás seguro de eso? murmuró Meloir.

—Tan seguro como de estaros viendo delante de mí cual todo un valiente caballero, contestó maese Vicente. En cuanto á Roberto Roussel, le asarán en un fuego de leña verde, en el patio del castillo de la Hardouinays.

Meloir se habia quedado muy pensativo.

—Nada teneis que ver en todo eso, señor, repuso maese Gueffes en tono indiferente. Por eso no os digo siquiera lo que hará con el milanés Bastardi, con maese Olivier de Meel, ni con los demás. Solo sí que debeis apresuraros si quereis conquistar á Reina de Maurever, porque dentro de otra semana, acordaos muy bien de esto, Mr. Hue de Maurever no estará ya fugitivo. El viento habrá cambiado, y Mr. Hue encontrará proteccion en los arqueros normandos que están en el recinto del Monte San Miguel.

Sonó una tercera fanfarria al pié de la misma colina.

Meloir no se movia.

La mandíbula de Gueffes se sonreia á pesar suyo.

—Hé ahí vuestros perros, mi querido señor. Os dejo; cuando me necesiteis me encontrareis en la granja de Simon le Priol.

Hizo ademan de salir.

Pero aun volvió.

—¡Vamos! dijo con voz mas placentera, si por mi industria, sin que mi querido señor se mezclase en ello lo mas mínimo, llegasen á ahorcar á Juanillo.....

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—¡Véte al diablo, miserable, pícaro! exclamó Meloir con voz atronadora.

Gueffes se apresuró á obedecer.

Sin embargo, en el umbral se detuvo para añadir:

—Ya sea ahorcado, ó bien ahogado, ó muerto de cualquiera otra manera....

Meloir cogió un cántaro de sidra.

El cántaro fué á estrellarse contra la puerta, en la que no estaba ya maese Gueffes.

Pero Meloir oyó su voz de condenado que decia en el patio:

—Es cosa convenida, mi querido señor, no os mezclareis en ello.

Belissan el montero entraba en aquel momento en el patio, con tres perreros que llevaban doce lebreles. Magníficos lebreles, de diferentes colores, procedentes de la perrera del mayorazgo de Rieux, señor de Aceras, de Sourdeac, en el país de Vannes, y señor de las islas. Los lebreles estaban adiestrados para la caza de Ouessan, para la caza de los náufragos en las playas.

Porque la sangre de Rieux era buena y noble.

Allá léjos, en el extremo del viejo mundo, detrás de las rocas de Penmavich, Rieux cazaba á los náufragos, como en nuestros dias los religiosos del Monte de San Bernardo cazan á los viajeros extraviados en la nieve.

Los doce lebreles, altos, musculosos, frioleros, con el hocico largo y las orejas señaladas, á pesar del cansancio del camino saltaban en el patio, lanzando ladridos cortos y quejumbrosos.

Belissan, con la trompa á la espalda, los desataba y acariciaba. El caballero Meloir bajó al patio.

Los lebreles saltaron como locos, y luego acudieron á la voz de Belissan, que los llamaba por sus nombres.

—¡Rougeot, Jarot, Noirot! Señor, dijo, presentándolos sucesivamente y á cada uno por su nombre. Nantés, Griego, Pivois, Ardois... ¡Asolador y Merlix!... Leopardo y Finot..... En cuanto á este último, añadió mostrando un animal admirable, de pelo negro y sin mancha, no viene de Rieux. Le he comprado en Dol para sustituir al pobre Ravot, que ha muerto reventado en el camino.

—¿Y serán buenos para la caza que vamos á emprender? preguntó Meloir.

—Están acostumbrados á encontrar la pista de un hombre, vivo ó muerto, en las rocas ó en la playa á una legua de distancia, señor. Dadles tan solo un dia de descanso, y vereis como trabajan.

—Esta noche los echaremos á la playa, replicó Meloir, quien volvió la espalda.

Belissan habia contado con mejor éxito. ¡Recibir así á doce lebreles de Rieux! ¡sin una caricia! ¡Una mirada fria y luego.. buenas noches!

Preciso era que el caballero Meloir estuviera enfermo.

De seguro el caballero Meloir pensaba en las palabras de Gueffes.

El duque se hinchaba y se ponia pálido. Se pronunciaba la palabra *fratricidio* en la córte del rey Carlos VII, y Mr. Pedro, futuro dueño de Bretaña, habia jurado que el señor Juan de la Haise seria ahorcado en la torre mas alta de su castillo de Guildo.

El viento cambiaba.

En lo sucesivo, la partida habia de jugarse de un solo golpe.

A no ser que lograse hacerse amigo en ambos campos.

Ahora bien, el caballero Meloir era un normando á medias.

Cuando nuestro hermoso Juanillo se despidió de los hombres de armas, echando á correr al pié del castillo de San Juan de

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

las Playas, fué para regresar á la granja de Simon le Priol. Pero la puerta estaba ya cerrada.

La llegada de los soldados habia puesto término á la velada.

El labrador y su mujer estaban dormidos. Simoneta descansaba en su lindo y casto lecho. Las dos vacas, la negra y la roja, rumiaban junto al lecho comun. En cuanto á las muchachas y los mozos, no dicen las memorias de aquel tiempo en que se ocupaban á tales horas.

A Juanillo le gustaba correr por los campos á la luz de la luna.

No le arredraba pasar las noches al aire libre, aunque, segun todos decian, era tan cobarde como una gallina.

Por los agujeros de su piel de carnero penetraba el viento frio, pero no se cuidaba de ello.

Mas de una vez, y mas de ciento tambien, habia ido Juanillo á tal hora á aquel mismo sitio, en el invierno como en el verano, que hiciera buen tiempo ó que estuviese lloviendo. Sentábase al pié de un manzano, cuyo tronco, lleno de grietas y berrugas, lanzaba todavía victoriosamente sus ramas en forma de paraguas.

Un manzano de los mejores, y que habia poseido el amor de Juanillo mucho tiempo antes que Simoneta, daba unas manzanas muy dulces y azucaradas, que le gustaban mucho á Juanillo; pero este no era ya goloso desde que el amor se habia apoderado de su corazon.

La verdad era que amaba con toda su alma.

Hacia un año ya, ó quizás algo mas, que en la festividad de San Jorge de Couesnon, que es en el tercer domingo del mes de mayo, habia visto á la hija de Francisca la Labradora. Antes la habia visto muy á menudo. Pero ¡ay! de muy diferente manera la volvia á contemplar.

Aquel dia llevaba Simoneta una cofia muy adornada y bordada que apenas contenia su profusa cabellera negra. Llevaba tambien zapatos con hebillas de plata, una saya de rayas blancas y azules, unos pendientes de oro, y un ramillete de rosas en su corpiño de paño del rey.

Habia muchas jóvenes que escoger; estaban allí las de Cherueix, las de San Jorge, las de Cuatro Salinas, las de Avranches, las de Dol y las de la aldea de Cancale, en el opuesto lado de la bahía. Pero en todos esos pueblos no la habia tan linda como ella. Ni una siquiera. En efecto, la mas fresca y rozagante era Simoneta.

Simoneta la morena, con sus grandes ojos negros, sus hermosos labios de coral y su sonrisa tan tierna.

El pobre Juanillo habia dejado su corazon en la romería de San Jorge.

Desde aquel tiempo andaba sendas leguas solo por encontrar á Simoneta y decirla:

—¡Dios os bendiga!

Cuando Simoneta iba á la playa, ya fuese para dirigirse á la ciudad de Avranches, ó para ir en peregrinacion al convento del Señor San Miguel Arcángel, Juanillo la precedia, y como conocia á pulgadas el terreno de los arenales, Simoneta llegaba al fin de su viaje sin haberse mojado siquiera sus delicados piececitos.

En aquellos dias, Juanillo no pescaba mariscos, y regresaba á su casa con el morral vacío. Por consiguiente, en tales dias, Juanillo se acostaba sin cenar.

¡Pero era tan feliz!...

Otras veces lo era mas todavía; no se acostaba poco ni mucho.

Iba allí, al pié del viejo manzano, y se estaba las noches enteras mirando la casa de Simoneta.

¡Reid cuanto querais!

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Las muchachas y los mozos de labranza no os han aguardado para sonreir. ¡Sabe Dios cuantas veces se burlaban al cabo del dia del pobre Juanillo, de sus suspiros y de su piel de carnero!

Mas no reparaba en ello, amaba y no se atrevia á confesarlo.

Pero quizás sea este el mejor modo de expresan el amor, cuando se tienen diez y ocho años, una mirada de ángel y una cabellera rubia que parece una auréola dorada.

Lo cierto es, que Simoneta sabia perfectamente que Juanillo la amaba.

¿Y ella, le correspondia?

Juanillo entonaba una cancion que Simoneta solia cantar algunas veces, cuando estaba sola.

La muchacha le conocia en el pantano ó en las playas, desde léjos; pero desde tan léjos, que se hubiera podido decir que le adivinaba.

Y cuando la voz temblorosa de Juanillo murmuraba al pasar un tímido: «¡Dios os bendiga.!» las mejillas de Simoneta se teñian de púrpura.

Y esto era todo.

¿Es mucho? ¿Es poco?

Id á San Juan de las Playas, y preguntádselo á las Simonetas del año 1853.

Era, pues, una hermosa noche de junio, cuando nuestro Juanillo, sentado al pié del manzano, soñando despierto, vió á la Hada, á la buena Hada.

Entreteniase en fabricar toda clase de castillos en el aire, convirtiendo el porvenir en un alegre paraíso en el que Simoneta ocupaba, por supuesto, el mejor sitio, cuando de pronto oyó un paso leve que resonaba en los guijarros del sendero.

Juanillo vió á una jóven. No dormia. La jóven pasó por delante de la puerta de Simon le Priol, y cogió el pan de trigo

que Francisca la Labradora nunca dejaba de poner en el umbral cuando no habia manjares frescos.

Juanillo estaba mudo. Sospechó desde luego que la jóven seria una Hada de las playas.

Todo su cuerpo se estremecia, mientras que sus dientecitos, mas blancos que los de una mujer, castañeteaban en su boca.

No pensó en perseguir á la Hada. Por el contrario, cerró los ojos y ocultó la cabeza entre ambas manos.

Pero era que aquella noche no sabia aun la historia del caballero breton. No sabia que los que lograban agarrar á la buena Hada por la cintura, podian pedirla cuanto quisieran.

A la sazon Juanillo era mas sábio. Y no era para mecerse suavemente en sus ilusiones para lo que Juanillo se ocultaba al pié del viejo manzano de rugosa corteza. Estaba acechando al Hada.

Temblaba de antemano con solo la idea de lo que iba á hacer; pero estaba muy resuelto.

No hay como esos cobardillos para intentar las cosas imposibles.

Juanillo aguardaba con el corazon oprimido y la respiracion anhelosa.

Se habia cerciorado de que la escudilla estaba intacta en el umbral de la puerta. La Hada iba á llegar.

Aguardó durante mucho tiempo.

La luna señalaba ya mas de la media noche, cuando por la parte del castillo llegó á su oido un murmullo confuso.

Casi en el mismo momento resonaron los guijarros del camino.

La jóven del dia anterior llegaba corriendo.

Juanillo se levantó con viveza. Habia pensado:

— Cuando se baje para coger la escudilla, la agarraré.

Pero la Hada pasó ligera y rápida.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

No se bajó para tomar la escudilla.

Juanillo se quedó, durante un instante, como aturdido. Luego, echando mano de todo su valor, comenzó á correr atrevidamente en pos de la Hada.

VIII.

Persecucion de la Hada.

Juanillo era el muchacho mas corredor de la comarca; pero la Hada iba con la misma rapidez que el viento, y el momento de indecision del pescador de mariscos habia dado á la muchacha un centenar de pasos de delantera.

Al cabo de diez minutos de carrera parecia que no habia perdido una pulgada de terreno. Dirigíase en derechura hácia la playa.

Juanillo tiró sus almadreñas. Estaba ya cubierto de sudor.

Pero aumentaban mas que nunca sus esfuerzos.

—Afortunadamente, pensaba, la marea está baja; porque la Hada camina sobre el agua como sobre la arena; y lo que es sobre el agua no podré seguirla. Pero, ¿por qué no ha cogido la escudilla llena de comida? El manjar era bueno esta noche. Quizás le guste mas la torta de trigo.

Estas sérias meditaciones no le impedian que corriese con rapidez normanda á lo largo del Couesnon. Á la sazon, que iba ya descalzo, sabe Dios el terreno que adelantaba.

El sendero que seguia el Hada bajaba hácia la playa y describia mil recodos entre los setos.

Alzábase la luna en medio del cielo, serena y brillante.

Cada vez que el Hada describia un recodo del camino, Juanillo le trasponia á su vez y la veia de nuevo, ligera como una vision.

No metia ruido al correr; al menos Juanillo no oyó sus pasos. Una vez creyó verla volverse para lanzar una mirada hácia atrás.

Era muy cerca de la playa, al pié de un molino de viento arruinado, que estaba rodeado de malezas y de retoños de álamo blanco.

La Hada, que sin duda hasta aquel momento no sabia que la perseguian, saltó bruscamente en medio de las malezas.

Juanillo la perdió de vista.

Dió la vuelta al molino. Detrás de este se hallaba la playa, uniformemente iluminada por la luna, y en la que de seguro nadie podia esconderse.

No habia niebla: se veian, á lo léjos, el Monte San Miguel, y Tombelene, negros ambos, y destacándose muy claros en el azul del cielo.

Juanillo dió otra vuelta en torno del molino arruinado, y luego, sin perder tiempo en registrar las malezas, se echó en el suelo y arrimó el oido á la arena.

Oyó tres cosas.

Al Oeste, por la parte de San Juan de las Playas, pasos de caballos que resonaban sobre los guijarros del camino. Al Norte la voz sorda del mar, y hácia el Oriente un paso leve.

Este último ruido era tan débil, que se necesitaba el oido perspicaz de Juanillo para percibirlo.

Se levantó radiante.

—Mia es, repuso.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA